

SOBRE LA PERSONALIDAD DE SIMONE WEIL: ¿FUE UNA MUJER DEPRESIVA?

ON SIMONE WEIL'S PERSONALITY: WAS SHE A DEPRESSED WOMAN?

Carmen Herrando Cugota 

Universidad San Jorge, Spain
mcherrando@usj.es

Recibido: 23 Jun 2026

Aceptado: 06 Aug 2026

Publicado: 15 Sep 2026

Autor de correspondencia:

mcherrando@usj.es



Resumen

La vida de Simone Weil fue corta e intensa (1909-1943) y transcurrió en el periodo trágico de las dos guerras mundiales. Su familia, de origen judío, emigró a América para huir del nazismo. Fue una mujer físicamente débil a quien la probidad intelectual y una admirable coherencia ética acarrearón dificultades y retos. La última etapa de su vida estuvo marcada por lo sobrenatural, aspecto en el que tuvo su parte la lectura de San Juan de la Cruz. Mucho se ha escrito sobre

su personalidad, distinguida por una compasión inmensa ante los desgraciados. Este trabajo se centra en su manera de ser y rastrea aspectos de su vida que tratan de dar respuesta a la pregunta: ¿fue una mujer depresiva? Se puede afirmar que no padeció depresión, aunque en su temple vital haya indicios de lo contrario; tales barruntos corresponden a una compasión fuera de lo común y a una atención eminente ante la realidad.

Palabras clave: Simone Weil. Atención. Depresión. Noche. Suicidio.

Abstract

Simone Weil's life was short and intense (1909-1943) and took place in the tragic period of the two world wars. Her family, of Jewish origin, emigrated to America to escape Nazism. She was a physically weak woman whose intellectual probity and admirable ethical consistency brought difficulties and challenges. The last stage of her life was marked by the supernatural, an aspect in which the reading of St. John of the Cross played a role. Much has been written about her personality, distinguished by an immense compassion for the unfortunate. This paper focuses on her way of being and traces aspects of her life that attempt to answer the question: was she a depressive woman? It can be affirmed that she did not suffer from depression, although in her vital temperament there are indications to the contrary; such

indications correspond to an uncommon compassion and an eminent attention to reality.

Keywords: Simone Weil. Attention. Depression. Night. Suicide.

1. Introducción

No es fácil escribir sobre personas a las que no se ha tratado de tú a tú. Sin embargo, cuando con ellas se mantiene una relación intelectual casi permanente, dado que lo intelectual forma parte de la dimensión espiritual de los seres humanos, ciertamente se producen encuentros verdaderos que mueven a no temer pronunciarse humildemente sobre esas personas, cercanas y lejanas a un tiempo, porque con ellas se han compartido y se siguen compartiendo cavilaciones, pensamientos, inquietudes y hasta cierta complicidad.

Desde ahí, y con sumo respeto, se puede plantear esta pregunta acerca de la personalidad de Simone Weil: ¿fue una mujer depresiva? Hay en su vida al menos tres factores relacionados con la depresión, definida por el Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua como “tristeza profunda y la inhibición de funciones psíquicas, a veces con trastornos neurovegetativos”. Estos factores son los siguientes: cierta dejadez en su apariencia exterior; haber pensado en el suicidio, al menos en dos ocasiones; y la tan traída y llevada cuestión de su anorexia, sobre todo durante el periodo de la Segunda Guerra Mundial, en cuyo curso halló la muerte a los treinta y cuatro años en Ashford, Inglaterra. A esto hay que sumar la desazón padecida al final de su vida por la incomprensión de sus posturas políticas e intelectuales por parte de algunos miembros de “Francia combatiente” —la resistencia francesa—, en cuyo seno trabajó en 1943, en Londres. O aspectos centrales de su pensamiento como la consideración de la desgracia y las personas desgraciadas, tema en el que su reflexión es capital, junto a la compasión, el sufrimiento y el dolor. Por su evolución espiritual hacia el cristianismo, estos temas los vinculó estrechamente con la Cruz de Cristo.

2. Trayectoria vital de Simone Weil

Simone Weil (1909-1943) vive en el complejo periodo de entreguerras del siglo XX: conoció la Gran Guerra, de niña, y murió en el fragor de la Segunda Guerra Mundial. Durante toda su vida estuvo del lado de los más desgraciados, incluso durante la Primera Guerra Mundial, al ser “madrina” de un soldado francés: se inquietaba por él, se privaba de tomar azúcar pensando en él... Desde pequeña se preocupaba por los obreros que veía manifestarse en los grandes bulevares de París. A los once años, fue ella sola a ver de cerca una manifestación, y la encontraron entre la gente que protestaba. La compasión formaba parte de lo más esencial de su

ser. A lo largo de su vida mostró una sensibilidad admirable hacia cualquier persona afectada por el sufrimiento o el dolor, físico o psíquico.

Estudió Filosofía y enseñó en diversos liceos de Francia (Le Puy, Auxerre, Bourges, Saint-Quentin). A los veinticinco años quiso conocer el trabajo manual y la contrataron en diversas fábricas (Alsthom o Renault, entre otras), entre diciembre de 1934 y agosto de 1935; la filósofa fue una obrera más. Esta experiencia la marcó. Poco antes de emprenderla, escribió un trabajo eminente: *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social*, que siempre consideraría su “gran obra”, pero no llegó a ver publicado. Dos años después, al estallar la guerra civil en España, se plantó en Barcelona. Tenía veintisiete años. Como le horrorizaba quedarse en retaguardia (así se lo dijo por carta a Georges Bernanos en 1938, tras leer su libro *Los grandes cementerios bajo la luna*), pasó la frontera española por Port Bou el 8 de agosto de 1936 y en Barcelona se alistó en las filas anarquistas del POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista). La enviaron al frente de Aragón, concretamente a Pina de Ebro, con la llamada “columna Durruti”; una grave quemadura en la pierna izquierda —introdujo el pie en una sartén camuflada que contenía aceite hirviendo— hizo que la devolvieran a Barcelona, en donde la esperaban sus padres, un tanto desesperados. Regresaron a Francia a fines de septiembre, cuando la herida estaba más restablecida; su padre era médico y sus cuidados ayudaron, pero todo aquel curso permanecería de baja laboral.

Durante toda su vida, Simone Weil se desvivió por los seres de desgracia. Aún más durante la guerra y en los dos años pasados en Marsella a la espera de visado para América; los Weil eran de origen hebreo y huían del nazismo. Simone y sus padres dejaron Francia a mediados de mayo de 1942 y llegaron a Nueva York a primeros de julio. Pero a ella la invadió un sentimiento agudo de traición a su propio país, e hizo lo imposible para regresar a Europa; lo logró pasados unos meses, en diciembre de 1942, buscando entregar algo de sí misma en aquella contienda terrible.

En Londres trabajó con la Resistencia: la Francia combatiente del general De Gaulle. La encargaron de revisar documentos y pensar sobre la Francia de después de la guerra. Escribió un texto esencial, entre otros: *Preludio a una declaración de deberes hacia el ser humano*, conocido como *L'Enracinement* (El arraigo). Pero su vida se apagó, consumida por la tuberculosis, en un sanatorio del condado de Kent, el 24 de agosto de 1943. En el informe forense consta que murió de hambre.

La trayectoria intelectual de Simone Weil está presidida por una vivencia espiritual que culminaría con la apertura a la dimensión sobrenatural. La filósofa provenía del agnosticismo, a pesar del origen familiar judío; no obstante, narra al menos tres experiencias místicas, a partir de 1938, centradas en el encuentro con el

mismo Cristo. Las evoca con toda sencillez, sin darles más importancia que la de haberlas vivido. Cautivada por el Evangelio, exploró el cristianismo con intención de recibir el bautismo, pero no llegó a bautizarse.

3. La marca de la debilidad física

Simone Weil era físicamente frágil. Al menos en dos ocasiones, de niña, los médicos predijeron que no viviría: cuando fue operada de urgencia de una apendicitis, con sólo tres años, o al contraer la rubeola, dos años después.

Desde un punto de vista psicológico, algunos estudiosos se refieren a “cierta pulsión de muerte”¹ en ella (Dauzet, 2007, p. 124). Posiblemente, debido a la presencia de la enfermedad a lo largo de su vida, que se acentuaría con los inmensos dolores de cabeza que padeció desde los veinticinco años, y que nunca cesaron. Los médicos llegaron a pensar que tenía un tumor cerebral.

Un rasgo habitual en ella fue el *dégoût* —repugnancia o aprensión hacia algo, alimentos con alguna tara o mal aspecto, sobre todo—, caracterizado igualmente, en su caso, por cierta desgana a la hora de actuar. Seguramente, jugó en ello la relación de su familia con Ilia Méchnikoff, a la sazón director del Instituto Pasteur, quien pudo ser el causante del miedo exagerado a los microbios mostrado por la familia Weil. No se abrazaban ni se dejaban abrazar o besar por nadie. Desde pequeña, Simone impidió que besasen su mano, como entonces era costumbre. La amiga y biógrafa de Simone Weil, Simone Pétrement, se refiere con frecuencia a la *dégoûtation* de la filósofa.

Los Weil tenían costumbres sanas: hacían gimnasia juntos o emprendían caminatas de varios días, algo inusual entre la burguesía francesa de la época. Los padres de Simone pretendieron, por ejemplo, pasar a pie los Pirineos en septiembre de 1934, pero llovía a mares y tuvieron que alojarse en el recién estrenado hotel de la estación de Canfranc; aquella noche se celebraba la inauguración y, como, por la mañana, nadie les cobraba la estancia, se fueron sin pagar porque el tren de Zaragoza no esperaba. Se lo cuentan por carta a Simone, divertidos (Weil, 2012, p. 326) ante la sorpresa del revisor del tren, a quien pretendieron pagar el importe de la habitación. El relato de esta anécdota es una muestra de la estrecha relación que vivieron la pensadora y sus padres.

El modelo familiar de vida sana hizo que a Simone le gustase practicar deportes en equipo: rugby, saltos, carreras de relevo... Su torpeza natural no se lo

¹Las traducciones del original francés son de la autora del artículo.

impidió. Sus compañeros la admiraban por su entereza, su “valor indómito”, como lo califica Simone Pétrement (Pétrement, 1997, p. 121). Pétrement cuenta alguna anécdota de tiempos de la *École normale supérieure*, en la que estudiaron juntas. Por ejemplo: “en las carreras de relevos, se caía, se hacía daño, pero se levantaba sin decir palabra y volvía a correr” (Pétrement, 1997, p. 121). Relata igualmente que los demás estudiantes expresaban gran respeto hacia ella durante las competencias, aunque a veces no podían evitar reírse viendo sus gestos desmañados (Pétrement, 1997, pp. 121-122). Su biografía recuerda que, en invierno de 1932, Simone Weil fue a verla a un lugar de montaña en donde ella, Simone Pétrement, recibía tratamiento médico. Se presentó allí con sus esquís y fueron de excursión. Simone Pétrement la observaba desde una cafetería, junto a otra persona, Madame A.: “toda la tarde vi a Simone remontando la pendiente una y otra vez. Subía derecho por la parte más empinada, en lugar de oblicuamente o en zigzag, como hacían los demás. Se servía del procedimiento agotador que consiste en poner a cada paso el esquí superior perpendicular al inferior. Cuando llegaba arriba, intentaba bajar deslizándose, y caía. Pero se levantaba enseguida y volvía a empezar; así, una y otra vez. La señora A. la seguía con la mirada y exclamaba: ‘¡Qué voluntad!, ¡qué voluntad!’ ” (Pétrement, 1997, p. 220).

Fueron encomiables los esfuerzos que hizo vendimiando en otoño de 1941, o el trabajo en la fábrica, seis años atrás, pues el salario dependía de las piezas terminadas, y hacía sacrificios improbables para lograr el máximo de aquellas piezas porque tenía unas manos muy poco habilidosas. Y no digamos el valor de presentarse en España en plena guerra civil... Tras semejante voluntad de hierro, latía firme el deseo de acercarse a otras personas para conocer sus vivencias reales, sobre todo cuando sospechaba en ellas algún tipo de sufrimiento. Estos ejemplos no son síntomas de una persona deprimida, desde luego.

4. La desgracia

Simone Weil cultivó una afinidad muy especial por los seres de desgracia; al final de su vida, se consideró una entre ellos. Pocos pensadores han abordado la desgracia con la atención y la hondura con las que la afronta ella.

Entre sus páginas memorables sobre la desgracia, destaca el ensayo “El amor de Dios y la desdicha”, en donde describe la desgracia como “un desarraigo de la vida, un equivalente más o menos atenuado de la muerte, irresistiblemente presente en el alma cuando esta recibe el golpe del dolor físico, o al captar su inmediatez” (Weil, 2008, p. 347). La desgracia se caracteriza también por la ausencia de Dios:

“La desgracia torna a Dios ausente durante un tiempo, más ausente que la muerte, más que la luz en un calabozo completamente en tinieblas. Una especie de horror abrume entonces el alma entera” (Weil, 2008, p. 349). Y produce más efectos terribles, pues deja el alma embrutecida, desesperada, llegando a sentir asco y desprecio por uno mismo debido al sentimiento de culpa que en el alma inflige la desgracia. Tal sensación no la produce ni el crimen. Simone Weil mira atenta el interior de los seres de desgracia y asevera que incluso los más inocentes llegan a sentirse malditos (Weil, 2008, p. 350). Destaca igualmente el carácter anónimo de la desgracia y pone de relieve cómo priva de su personalidad a quienes caen en ella, haciendo de ellos *cosas*, más que personas. La indiferencia es otro aspecto demoledor de la desgracia: “frío metálico que hiela hasta el fondo las almas de aquellos a los que afecta” (Weil, 2008, p. 352). También la falta de finalidad, pues inocular en el alma un “veneno de inercia” (Weil, 2008, p. 350) que impide apreciar ningún sentido.

Pensar y amparar a los desgraciados llegaría a ser casi una obsesión para Simone Weil, sobre todo al final de sus días, al pensar sobre aquella civilización que se desmoronaba. En Londres escribió “La persona y lo sagrado”, una suerte de testamento espiritual en el que presenta lo sobrenatural —“la luz que cae continuamente del cielo” (Weil, 2019, p. 226)— como único remedio contra el mal de la desgracia:

Si se quiere armar eficazmente a los desgraciados, bastaría poner en sus labios palabras que residen en el cielo, por encima del cielo, en el otro mundo. Y no hay que temer que sea imposible. La desgracia dispone el alma para beber con avidez lo que viene de ese lugar (Weil, 2019, p. 226).

En este mismo texto afirma: “el pensamiento humano no puede reconocer la realidad de la desgracia”, pues pensar en ello “con toda el alma” es experimentar la nada (Weil, 2019, p. 230). Por eso anota que la verdad y la desgracia son “suplicantes mudas” (Weil, 2019, p. 228) a las que nadie presta atención. Ciertamente, se necesita una disposición de ánimo muy especial para acoger la verdad y la desgracia. Y la autora afirma con rotundidad: “Sólo la operación sobrenatural de la gracia hace pasar al alma por su propio anonadamiento hasta el lugar en donde recoge la única especie de atención que permite estar atento a la verdad y a la desgracia” (Weil, 2019, p. 231).

5. Descuido del aspecto exterior

De Simone Weil se han dicho maravillas, pero también se han escrito cosas desagradables y ofensivas. La descripción de Georges Bataille en *Le bleu du ciel*,

novela en la que la identifica con el personaje de Lazare, no es precisamente elogiosa: la pinta como una suerte de cadáver, mal vestida y con la ropa salpicada de manchas, los cabellos como alas de cuervo... Entre Bataille y Simone Weil hubo una aversión mutua: ella lo consideró un obsesivo y un enfermo (Pétrément, 1997, p. 308), pues supo de su relación destructiva con Colette Peignot, que fue pareja de su amigo Boris Souvarine. Cuando Simone Weil empezó a ser conocida y admirada, Bataille la describió con mucha más consideración.

Pese a la desacertada descripción anterior, existen testimonios de la belleza de Simone Weil de niña y adolescente. Simone Pétrément relata algunos: una señora se refirió a los hermanos Weil como “el genio y la belleza” (Pétrément, 1997, p. 24). Y, en Alemania, cerca de Baden-Baden, cuando Simone tenía doce años, alguien que la vio preguntó a sus padres si la dejarían hacer cine, pues la consideraba “un auténtico Murillo” (Pétrément, 1997, p. 39). ¿Qué sucedió para que cambiase tanto su aspecto? ¿Responde su apariencia descuidada a la dejadez de una persona depresiva? La respuesta más acertada sería que se trata más bien de la renuncia de la filósofa a favor de la verdad, de su propia entraña compasiva y de su admirable sed de pureza.

Las descripciones del atavío de Simone Weil muestran, ya en 1932, el mismo patrón. Jean Duperray anotaba por esas fechas:

Ahí estaba, con su jersey gris oscuro, su falda azul marino de grandes bolsillos en los que llevaba un paquete de ‘gauloises’ abierto, en uno, y un pañuelo y una caja de cerillas, en el otro; medias grises, zapatos planos rudos, una tez pálida en el crepúsculo gris de una sala polvorienta, largos mechones de cabello muy negro le caían de cada lado del rostro anguloso, ojos negros y vivos, algo enfebrecidos, tras gruesas gafas de metal. (Pétrément, 1997, p. 263).

Así la recuerda el poeta Jean Tortel, en la sede de *Cahiers du sud* en 1940:

Una suerte de pájaro sin cuerpo, replegado sobre sí mismo. Envuelta en una amplia capa negra (sic.) que no se quitaba y que le golpeaba las pantorrillas; inmóvil, silenciosa, en el extremo de un viejo sofá cargado de libros y revistas, donde se sentaba sola; extraña y atenta, observando, pero, a la vez, distante. Nos dejaba hablar, pues en medio de la conversación, de la que parecía ausente, solía estar inmersa en alguna lectura. Una presencia. Que estaba ahí. Insólita y quizás incomprensible. Extraña entre nosotros, un poco temible (y temida) [...] Miraba (cuando miraba) a través de sus gafas —los ojos fijos hacia delante, pero también la cabeza y el busto— el objeto que fuera (su miopía invasora...) con una intensidad y una especie de avidez interrogadora que no he visto en otra parte (Pétrément, 1997, p. 530).

La imagen de Simone Weil en la conocida fotografía de Baden-Baden — el rostro que presentará en la vida eterna, según Maurice Schumann (Pétrément, 1997, p. 39)— se transforma unos años después. Tal “metamorfosis” responde a una tarea llevada a cabo no sin combate espiritual, y por la que optó con determinación desde aquella iluminación sobre la verdad que recibió a los catorce años. Desde entonces, pondría los ojos y el corazón en otra parte, desentendiéndose de cuanto no la conducía a ese “reino de la verdad reservado al genio”, al que se accede con deseo profundo y grandes esfuerzos de atención.

A los catorce años caí en una de esas desesperaciones sin fondo de la adolescencia, y pensé seriamente en morir debido a la mediocridad de mis facultades naturales. Los extraordinarios dones de mi hermano, que tuvo una infancia y una juventud comparables a las de Pascal, me forzaron a tomar conciencia de mi mediocridad. No lamentaba éxitos externos, sino no tener acceso alguno a ese reino trascendente en el que habita la verdad, en el que únicamente entran los hombres auténticamente grandes. Prefería morir a vivir sin ella [la verdad]. Tras meses de tinieblas interiores, tuve de repente y para siempre la certeza de que cualquier ser humano, aun si sus facultades naturales son casi nulas, entra en ese reino de la verdad reservado al genio tan sólo con el deseo de la verdad y haciendo un esfuerzo permanente de atención para alcanzarla (Weil, 1966, pp. 38-39).

De pequeña, Simone Weil ya desdeñaba lo superfluo: no tenía tres años cuando le regalaron una sortija; al verla, exclamó: “no me gusta el lujo” (Pétrément, 1997, p. 18). Simone Pétrément cuenta que, para robustecerse, su hermano André, tres años mayor, no se ponía calcetines en invierno y ella lo imitaba. Les gustaba provocar a la gente mostrando sus pies desnudos en unas sandalias y el tono amorado de las piernas. Hacían pasar vergüenza a la pobre Madame Weil (Pétrément, 1997, p. 28). Y podrían añadirse más anécdotas de este tono, de las que da buena cuenta Simone Pétrément en *La vie de Simone Weil*.

6. Las tentaciones de Simone Weil

Simone Weil da una lista de sus tentaciones, en unas “notas íntimas” escritas con letra pequeña en los márgenes de uno de sus cuadernos. Retoma el tema en otro lugar y lo desarrolla (Weil, 1994, pp. 406-408). Comienza por la pereza (con anotación al margen para no olvidarse de leer esa nota cada día, pues se trata de “la [tentación] más fuerte entre muchas [otras]”): “No dejarse llevar nunca por el

transcurso del tiempo. No posponer jamás lo que se ha decidido hacer” (Weil, 1994, p. 139). Más adelante, la describe así: “huida ante la vida real, con sus limitaciones y la esencial limitación del tiempo. No intentar nada que haga sentir que uno no es Dios” (Weil, 1994, p. 406). Es claro que la realidad (en la que se refleja la verdad como un fulgor, como escribirá en *L’Enracinement* —Weil, 2013, p. 319—) es su primer referente moral y ocupa el centro de su pensamiento. La filósofa desecha cuanto pueda alejarla de lo real, que es, además, la fuente de la alegría, como anotó en uno de sus cuadernos: “la alegría es el sentimiento de la realidad” (Weil, 1997, p. 372).

Sobre la tentación de la vida interior, anota: “No afrontar más que las dificultades con las que me encuentro de manera efectiva. En cuestión de sentimientos, no permitirse sino lo que corresponda a intercambios efectivos o cuanto sea absorbido por el pensamiento a título de inspiración” (Weil, 1994, p. 406). Y termina con este consejo: “Cortar sin piedad todo lo que hay de imaginario en los sentimientos” (Weil, 1994, p. 139). De nuevo, la centralidad de lo real, capital en su vida.

Otra tentación es la del dominio: “el poder tiene como correlativo la obediencia fanática. Raíz: violencia extrema exigida por la adaptación del hombre a la función. Tú misma, el día de la bronca” (Weil, 1994, p. 407). Dominar y sucumbir al dominio de otros, es decir, el afecto excesivo o abnegación (*dévouement*) es una tentación que define como “subordinación a un objeto cualquiera, no sólo de lo subjetivo, sino también del propio sujeto. Es debido a que no se ha sabido hacer la separación, de antemano” (Weil, 1994, p. 407). Y se da a ella misma este consejo: “Nunca prometer, nunca dar a otro más de lo que exigirías de ti misma si fueses él” (Weil, 1994, p. 140). Se refiere por último a la tentación de la perversidad: “responder a un mal haciendo lo posible para aumentarlo” (Weil, 1994, p. 407), al tiempo que se exhorta a no responder a un mal favoreciendo su crecimiento.

Esta incursión en su interioridad equivale a pararse a considerar su carácter, su vida moral, su comportamiento, sus relaciones... La pone por escrito poco antes de ingresar en la fábrica, mientras redacta *Reflexiones sobre las causas de la libertad y la opresión social*, su “gran obra”. La decisión misma de pedir una excedencia para emprender la experiencia de la fábrica supuso un movimiento esencial en la vida de Simone Weil; tal paso no denota ningún rasgo de depresión.

“La liberación de estas cinco tentaciones es la pureza misma, tan necesaria” (Weil, 1994, p. 407), escribe. ¿Por qué siguió reprochándose “periodos enteros en los que te abandonas por completo” (Weil, 1994, p. 407)? Probablemente, por su exigencia moral. Quizás jugaron en ello los dolores de cabeza que la agotaban e inhabilitaban desde el inicio de los años treinta. Los médicos sospecharon que padecía

un tumor cerebral, pero diagnosticaron por fin una sinusitis crónica larvada.

En la vida de Simone Weil, cualquier acontecimiento se transforma en vida espiritual; la reflexión a base de atención profunda formó parte de su cotidianidad, a pesar del momento histórico tan difícil. Al dejar Francia, en mayo de 1942, emprendía un periodo en el que el abandono y hasta cierto grado de desesperación se hicieron presentes en su vida. Durante unos meses, la pensadora se dejó vencer por la tristeza.

7. El suicidio

En dos ocasiones, que se sepa, se planteó Simone Weil el suicidio. La primera fue durante la crisis de los catorce años: “pensé seriamente en morir”, escribe en la carta de despedida al sacerdote dominico Joseph Marie Perrin, el 14 de mayo de 1942; la segunda, en 1938, cuando, presa de terribles dolores de cabeza, se vio obligada a pedir una nueva baja laboral.

La de 1923 fue una “crisis de adolescencia”, como ella la llama. Se enfrentaba, además, a la brillantez de su hermano. André ingresó en la universidad con dieciséis años. Hoy le habrían considerado superdotado. En la citada carta de despedida, cuenta al padre Perrin que la infancia y juventud de su hermano fueron semejantes a las de Pascal (véase texto *supra*). André Weil terminó sus estudios con diecinueve años y llegó a ser un matemático famoso. Enseñó durante veinte años en la Universidad de Princeton, en donde se jubiló en 1978. Murió el 6 de agosto de 1998.

A comienzos de 1938, Simone Weil presintió que sus dolores de cabeza podían llevarla a la decrepitud corporal y espiritual. Así escribe más adelante al poeta Joë Bousquet:

Desde hace doce años convivo con un dolor situado en torno al punto central del sistema nervioso, punto de unión del alma y el cuerpo, que sigue durante el sueño y no ha cesado ni un solo segundo. Durante diez años, ha sido de tal calibre y me producía tal agotamiento, que a menudo mis esfuerzos de atención y trabajo intelectual quedaban tan desprovistos de esperanza como los de un condenado a muerte al que van a ejecutar al día siguiente; a veces era aún peor, pues me parecían completamente estériles, sin fruto posible. Me ha sostenido la fe adquirida a mis catorce años: nunca se pierde un esfuerzo de verdadera atención, aun cuando no proporcione resultado visible alguno. Con todo, llegó un momento en que, debido al agotamiento y al agravamiento del dolor, me creí amenazada por una degeneración horrible del alma entera y

llegué a preguntarme con angustia si mi deber más imperioso no sería morir; me parecía espantoso que mi vida pudiera terminar en tan pavoroso estado. Como le conté, la resolución de morir, si llegaba este extremo, me devolvió la serenidad (Weil, 1999, pp. 796-797).

En ambos casos se trata de suicidio condicionado al estado físico y mental, una posible salida para atenuar la angustia. El “*patet exitus*” de Séneca y los estoicos. Sin embargo, la filósofa veía el suicidio como un acto negativo. “Matar siempre es matarse” (Weil, 1994, p. 316), escribe. Y como si pensase en su propia trayectoria vital, anota: “El suicidio sólo está permitido cuando no es más que aparente, cuando existe coacción y se es plenamente consciente de ella” (Weil, 1994, p. 316). “Hay que morir —no suicidarse—, morir, ser matado, no literalmente, pero casi, sentir, con motivo de las cosas exteriores, el frío de la muerte” (Weil, 1994, p. 339). En el Cuaderno 4 se refiere así a la muerte: “Hay que pasar por la muerte, pero la muerte no es el suicidio. Ser matado. Padecer la gravedad, el peso del mundo” (Weil, 1997, p. 62). Y, más adelante: “la suprema impiedad es hacer mal uso de la muerte” (Weil, 1997, p. 97).

En Saint-Marcel d’Ardèche, en donde pasó una temporada dedicada a labores agrícolas en la casa familiar del escritor Gustave Thibon, recordando el sufrimiento de un campesino que había enviudado, anota: “Si no se tiene a un ser humano por el que vivir y a quien amar, no vale la pena vivir. Pero si la vida humana no tiene valor, ¿cómo damos valor a la propia, si ponemos su fin en la vida de otro? Y ese otro, ¿con qué finalidad vive? Si vivo para él y él para mí, vivo para mí, y me hallo de nuevo en mi soledad” (Weil, 2002, p. 197). El ser humano difícilmente sale de la soledad, y en los propósitos amorosos de este tipo, al igual que en el suicidio, Simone Weil ve ante todo actos imaginarios, irrealidad, algo tan opuesto a su propia visión del mundo. Tras el pasaje sobre el campesino viudo, escribe: “El suicidio lo es [imaginario] siempre, sin duda, por eso está prohibido” (Weil, 2002, p. 198).

8. Sensación de traición a Francia: Nueva York y Londres

Cuando Simone Weil abandona Francia, pasa por un gran desasosiego. Cree haber traicionado a su patria huyendo rastreadamente y tiene la sensación de dejar atrás a muchos desgraciados que sufren el martirio de la guerra. Durante el viaje a América, el grupo con el que viajaba estuvo retenido diecisiete días en un campo de refugiados cerca de Casablanca; desde allí escribió cartas en las que muestra su

estado de ánimo. Por ejemplo, al dominico J. M. Perrin le dice que se ve como un “instrumento podrido”, que está “demasiado agotada”, y que, aun cuando “creyera en la posibilidad de obtener de Dios la reparación de las mutilaciones de la naturaleza en mí, no podría decidirme a pedírsela (...) Tal petición sería una ofensa al infinito y tierno Amor que me concedió el don de la desgracia” (Weil, 1966, p. 82).

Vivió en Nueva York entre el 7 de julio y el 10 de noviembre de 1942. La tristeza de los primeros meses le impedía escribir. Retoma la escritura a finales de septiembre, cuando asoman esperanzas de volver a Europa. Entretanto, intenta que las autoridades acojan su “Proyecto de una formación de enfermeras en primera línea de fuego” (Weil, 2008, pp. 401-411). Se desesperaba al conocer acontecimientos que sucedían en Francia, como la represión que siguió a una manifestación patriótica, en Marsella. Por aquellos días, expresaba a su madre: “No puedo seguir viviendo así. Si esto continúa, me iré al sur a trabajar con los negros, y estoy segura de que me moriré porque no soportaré esa vida” (Pétrement, 1997, p. 629). Así escribía a Boris Souvarine en aquel septiembre oscuro: “Si no tuviera ninguna esperanza de lograrlo [viajar a Londres], me sentiría mucho más desgraciada que en Francia, infinitamente más, sin comparación. Sufro cada vez más estar aquí” (Weil, 2019, p. 21). Y a la pregunta de sus amigos Honnorat sobre la vida cultural neoyorquina, responde: “Durante tres meses, mi estado de espíritu me hizo incapaz de disfrutar, ni de eso ni de nada” (Pétrement, 1997, p. 635). Cuando pasó la etapa más difícil, acudía a las bibliotecas públicas y a las iglesias de Harlem. Y leía sobre folklore o exploraba cuestiones teológicas, pues seguía indagando en la posibilidad de recibir el bautismo. Surgieron así los Escritos de Nueva York, conocidos como *El conocimiento sobrenatural*, a cuyo inicio figura el texto de raíz mística conocido como *Prologue*.

Desde Nueva York escribió a Maurice Schumann, antiguo compañero de estudios y responsable en la Resistencia, rogándole que la enviase a Francia con una misión peligrosa: “Le suplico, si puede, me procure la cantidad útil de sufrimiento y peligro que me eviten ser consumida por la pena. No puedo vivir en la situación en la que me encuentro ahora mismo. Se acerca mucho a la desesperación” (Weil, 1957, p. 199). Le sugería ser lanzada en paracaídas sobre suelo francés.

El 10 de noviembre se embarcaba en un carguero sueco y arribaba a Liverpool a finales de mes; tras dieciocho días retenida por los servicios de seguridad, llegaba a Londres el 14 de diciembre. En Londres, escribió copiosamente, pero acabó aislada en su despacho, sin apenas contacto con sus compañeros, debido a desavenencias sobre el tema de los derechos, como muestran las páginas de *L'Enracinement*.

9. ¿Anorexia?

Se ha escrito mucho sobre este tema y no siempre con el debido respeto. Por pura compasión, durante la guerra, la filósofa se negaba a comer más de lo que ella suponía que comían los soldados en el frente. De igual modo, cuando trabajaba fuera de París, se negaba a calentar la casa porque los obreros pasaban frío. En periodo de guerra, rechazó dormir en una cama por solidaridad con los soldados, pues muchos dormían en el suelo.

El doctor Bercher, médico amigo de la familia Weil, detectó en Simone cierta tendencia a no alimentarse: “Comer le parecía a Simone una función baja y desagradable. (...) Le conté que las marmotas, durante el sueño invernal, no comen nada y, sin embargo, engordan —contando con el peso de los *excreta*, claro—. . . ¡La marmota le parecía un buen modelo!” (Pétrement, 1997, p. 564). Bercher cuenta que, al hablarle de casos de mujeres religiosas que se alimentaban sólo de pan eucarístico, hallaba aquello perfectamente verosímil. Y recuerda que a la pensadora le repugnaba hablar de comida, y más durante la guerra, algo que la gente hacía a menudo debido a la escasez de alimentos. Simone Pétrement sale en ayuda de su amiga indicando que siempre comió poco, y que las privaciones de los últimos años eran debidas a la situación de guerra y a su desmedida compasión.

El trabajo que Dominique-Marie Dauzet presentó en un Congreso sobre aspectos psicológicos de la mística es un estudio interesante sobre anorexia y mística en Simone Weil. Dauzet se refiere a la indicada “extraña pulsión de muerte” en la vida de la filósofa y analiza su negativa a comer de forma normal. Destaca asimismo la invención de la palabra *descreación*, tan central en la concepción weiliana del mundo. *Descreación* significa que Dios, el Creador, renuncia a ejercer su poder y, al crear, mengua y se retira, de forma que “Dios y todas las criaturas es menos que Dios solo” (Weil, 2008, p. 291). Los seres humanos han de imitar la renuncia de Dios; es un tema clave en la filosofía de Simone Weil.

Dauzet analiza el *Prologue*, escrito en Marsella y copiado al inicio del Cuaderno de Nueva York. Lee el texto en clave psicológica, vinculándolo a la Eucaristía, pues en él aparecen los símbolos del pan y el vino. Simone Weil asistía a la eucaristía, pero, al no estar bautizada, no podía comulgar; por ello expresa su “hambre” del Cuerpo de Cristo. Dauzet afirma que la filósofa se equipara a una víctima (significado de “hostia”) y que, como Cristo, quiere ser víctima por entero; pero, al no lograr consumirse, a imitación de Cristo en la Cruz, termina con el “corazón hecho pedazos”. El autor interpreta la anorexia de Simone Weil desde el hambre del Cuerpo de Cristo, y en esta clave plantea que la filósofa pudo haber rechazado el

bautismo por no querer formar parte del “cuerpo místico” (la Iglesia). Dauzet afirma que, en el fondo, Simone Weil llega a rechazar la Eucaristía como pan partido, roto, porque considera que Cristo es víctima todo Él, igual que ella quiere ser víctima por completo. La hipótesis es compleja: el autor la explica desde la rendición de la filósofa al mismo Cristo: Cristo la “desarma”, haciéndole perder la fiereza intelectual que algunos identifican con el orgullo. Sin embargo, existen el testimonio de Simone Pétrement y otros acerca de la creciente humildad de Simone Weil. Cuando su biógrafa la vio por última vez, en el otoño de 1941, la halló más dulce y serena que nunca (Pétrement, 1997, p. 582). Lo que puede ser muestra de que su rendición ante Cristo la transformó realmente. La conclusión del autor es el carácter místico de la “anorexia” de Simone Weil. Parece una hipótesis verosímil, acorde con la vivencia “crística” de nuestra filósofa.

10. San Juan de la Cruz

En agosto de 1941, Simone Weil lee por vez primera a San Juan de la Cruz. Fue Gustave Thibon quien le mostró la obra del santo carmelita; quedó cautivada. En aquellas páginas halló vivencias similares a las suyas y la exigencia de un vaciamiento personal: “Aceptar un vacío en uno mismo es sobrenatural. ¿De dónde sacar la energía necesaria para un acto sin contrapartida? La energía debe venir de otro lugar. Pero tiene que haber primero un desgarramiento, algo desesperado, que antes se produzca un vacío. Vacío: noche oscura” (Weil, 1997, p. 136).

Lo místico no es construcción humana; menos aún, búsqueda de logros particulares. Es imposible manipular a Dios y cuanto tiene relación con el misterio, y Juan de la Cruz desenmascaró con gran libertad esta —más que error— fantasía sobre Dios y el misterio, frecuente entre personas religiosas. Su camino de ahondamiento en lo divino discurrió por la vía negativa: “Si quieres venir al santo recogimiento, no has de venir admitiendo, sino negando” (Juan de la Cruz, 1991, p. 157), escribe. Para el carmelita, el alma se abre a Dios desde una fe despojada y limpia, más que por las palabras o la vía especulativa. Se refiere así a comprender las verdades desnudas desde el entendimiento y a acogerlas caminando a oscuras, no tanto desde la razón como desde la atención y la confianza, porque “es de noche” (Juan de la Cruz, 1991, p. 377).

Simone Weil descubre la vivencia sanjuanista de la noche: “Noche oscura. Aplicación en todos los ámbitos. Actividad que no actúa. No intervención” (Weil, 1997, p. 120). La noche asoma en todos los recodos de la vida (“aunque es de noche”, repetía fray Juan). La filósofa asume esta experiencia desde una espera

esencialmente atenta que designa con la expresión griega “hupomoné” y define como “espera, inmovilidad atenta y fiel de duración indefinida, que ningún golpe hace vacilar” (Weil, 2008, p. 324). Lo místico se presenta, así, como paradoja, como contradicción, alternancia de luz y sombra, de ausencia y de presencia. Deseo de Dios, concibiendo a Dios desde la huella que deja su ausencia, en el claroscuro del misterio.

Simone Weil deplora el uso de la religión como fuente de consuelo porque ve en ello un obstáculo para la fe auténtica. “En este sentido —escribe— el ateísmo es una purificación” (Weil, 1997, p. 337). La noción de “ateísmo purificador” es clave en su pensamiento; resulta de aplicar la virtud de la humildad a las aserciones de fe, acogiéndolas con respeto y sin enredarse en especulaciones. Nuestra filósofa es una pensadora *post mortem Dei*. Vive en un mundo que ha dado la espalda a Dios, sin embargo, acoge lo sobrenatural como parte de lo real, desde su deseo inagotable de verdad y con la seriedad intelectual encomiable que le impide tomar el nombre de Dios en vano. Juan de la Cruz es su “cómplice”, quien inspira en ella, desde la noche y la subida al Monte, la labor depurativa del ateísmo en nuestro mundo. En el Cuaderno 6 de Marsella anota con letras mayúsculas: “Puesto que estamos de hecho en una época de incredulidad, ¿por qué despreciar el uso purificador de la incredulidad? Lo conozco por experiencia” (Weil, 1997, p. 339). Simone Weil vive una espiritualidad despojada, hecha de atención y humildad, sin falsedades imaginativas. Convencida de que es Dios quien busca al ser humano, escribe: “si [lo] amamos pensando que no existe, manifiesta su existencia” (Weil, 2002, p. 299).

El sentido purificador del ateísmo cobra vigor en nuestro tiempo: es esencial para la limpieza de la fe y gran generador de esperanza. El místico y la filósofa abordan el misterio no como extrañeza o anomalía, sino como anhelo vivo en los seres humanos, como deseo radical. En una sociedad presa de tantos deseos puntuales, ahondar en los anhelos de fondo desde las preguntas esenciales puede ser un servicio a los hombres y mujeres de hoy, carentes de Deseo —con mayúsculas— e ignorantes a veces de su propia sed de sentido. Los dos autores místicos invitan a cultivar la vida espiritual como indagación, como pregunta, como silencio elocuente; y a descubrir el germen de lo divino en nosotros. Simone Weil describe esta semilla como un “infinitamente pequeño” presente en cada ser humano, e invita a vivir desde lo profundo. “La corriente idólatra del totalitarismo sólo halla obstáculos en una vida espiritual auténtica” (Weil, 2013, p. 184), escribe en Londres, al final de sus días.

11. El sufrimiento y la muerte

En la última etapa de su vida, Simone Weil siente la certeza de estas reflexiones que anota en sus *Cuadernos*: el sufrimiento es una fuente de saber (Weil, 1997, p. 312); “si el mal es la raíz del misterio, el dolor es la raíz del conocimiento” (Weil, 2002, p. 382); “sufrir el mal es la única manera de destruirlo” (Weil, 2006, p. 252). Insta al buen uso del dolor, en función del sentido que cobra en la realidad: si acerca a lo real, es que hacemos buen uso; si nos aleja, el uso es malo. La realidad es el criterio (Weil, 1994, p. 223).

La pérdida de contacto con la realidad es el mal, es la tristeza. Hay situaciones que causan esta pérdida, privación, dolor. El remedio es tomar lo necesario mismo como intermediario para alcanzar la realidad. La presencia de un muerto es imaginaria, pero su ausencia es bien real, es su manera de aparecer en adelante (Weil, 1994, p. 301).

Evocando la imagen sanjuanista del fuego transformando en brasas el madero —“clave de las cosas espirituales” (Weil, 1997, p. 427)—, anota en Nueva York: “la pureza atrae el mal, que viene a pegarse a ella para ser destruido como la mariposa en la llama. Todo debe pasar por el fuego. (...) Pero hay que haber cruzado el infierno para transformarse en fuego” (Weil, 2006, p. 253). Amar a Dios no admite consuelos: “el amor no es consuelo, es luz” (Weil, 1997, p. 363).

En Londres escribió “como amparada por una inspiración continua y segura” (Pétrement, 1997, p. 646). Vivía, sin embargo, un desgarró permanente entre la exigencia de ser fiel a su vocación y su querencia por la desdicha (Pétrement, 1997, p. 668); le costaba aceptar no tener mayor parte en la desgracia de tantas personas. Para Simone Pétrement, buscó “incontestablemente” su parte de desgracia por equidad, por justicia, no por desequilibrio (Pétrement, 1997, p. 669). Al desasosiego que le causaba la incomprensión, se sumó un alto grado de cansancio, y llegó a compararse con la piedra estéril sobre la que no puede crecer nada (Weil, 2006, p. 377). “En ciertos momentos, fruto de excesiva miseria física, la ilusión desaparece por completo. Vemos entonces al desnudo la propia existencia, como simple hecho que no aporta *ningún* tipo de bien. Es terrible. Pero es la verdad” (Weil, 2006, p. 388), anota en sus *Cuadernos*. Terminó agotada. La tuberculosis la estaba minando. A mediados de abril, fue hallada inconsciente en su cuarto y la trasladaron al hospital. El 26 de julio, en la carta de dimisión enviada desde el hospital al responsable de “Francia combatiente”, escribía que tal decisión [dimitir] “no es por efecto de una depresión física o moral” (Weil, 2019, p. 637). Utiliza expresamente la palabra “depresión”.

Con todo, quienes la conocieron hablan de la intensidad de la alegría y el dolor en su vida. Lo muestran estas palabras de G. Thibon, con quien convivió un tiempo en Saint-Marcel-d'Ardèche y a quien confió los *Cuadernos* escritos en Marsella, al dejar Francia: “Simone Weil conoció la alegría sin mezcla alguna, en la medida en la que experimentó el dolor puro. Alegría y dolor no son dos realidades antagónicas, sino los dos polos de una realidad única que se llama amor. Las circunstancias nos hacen pasar de un polo al otro, pero la sustancia del amor no varía” (Perrin y Thibon, 2015, p. 223).

12. Consentir en la propia muerte. A modo de conclusión

“Orientarse hacia la muerte” (Weil, 1994, p. 335) fue un objetivo claro en su vida, así como para Platón, su gran maestro, filosofar es aprender a morir. Simone Weil piensa la muerte como el acto último, que requiere ser aceptado porque impregna la vida entera. “El horror de la muerte es la ley férrea que determina todos nuestros pensamientos y todos nuestros actos. Aceptar la muerte es la única liberación” (Weil, 2006, p. 142). La realidad pasa por la muerte: “sólo aparece a quien acepta la muerte” (Weil, 2006, p. 334). Al recuerdo de la muerte acude también al encarnar la virtud más pura, la humildad: “La humildad total es dar su consentimiento a la muerte, que hace de nosotros inerte nada” (Weil, 2006, p. 382). Tan importante es aceptar la muerte, que la autora identifica salvación y “consentir en morir” (Weil, 2006, p. 246). En *El conocimiento sobrenatural* abundan pensares sobre la aceptación de la propia muerte, equivalentes al acogimiento del no ser. “Dar su sí a no ser es aceptar la privación de todo bien, y dar su consentimiento constituye la posesión del bien total. Sólo que no lo sabemos. Y, si se sabe, el bien desaparece” (Weil, 2006, p. 269). Reflexiones que culminan en esta “oración descreadora”, tan desconcertante, pero tan suya:

Padre, en el nombre de Cristo, concédeme esto.

Quedar incapacitada para hacer que los movimientos de mi cuerpo correspondan a mi voluntad, que no pueda hacer siquiera un esbozo de movimiento, como si estuviera completamente paralítica. Que no pueda recibir sensaciones, como alguien del todo ciego o sordo, y quede privada también de los otros tres sentidos. Que no tenga capacidad para asociar dos o tres pensamientos, ni por el vínculo más elemental, como si fuera uno de esos idiotas que no sólo no saben ni contar ni leer, sino que tampoco aprendieron a hablar. Que me vuelva insensible a cualquier dolor y a cualquier alegría, e incapaz de amor

hacia ningún ser, hacia ninguna cosa, y ni siquiera hacia mí misma, como esos viejos decrepitos.

Padre, concédeme realmente todo esto, en el nombre de Cristo.

Que este cuerpo se mueva o quede inmóvil con soltura o rigidez perfectas, en ininterrumpida conformidad con tu voluntad. Que este oído, esta vista, este gusto, este olfato, este tacto reciban la marca perfectamente exacta de tu creación. Que esta inteligencia, en plenitud de lucidez, acople todas las ideas en conformidad perfecta con tu verdad. Que esta sensibilidad experimente, con la mayor intensidad posible y en toda pureza, todos los matices del dolor y de la alegría. Que este amor sea una llama devoradora de amor de Dios hacia Dios. Que todo esto me sea arrancado y lo devore Dios para ser transformado en sustancia de Cristo y dado como alimento a los desgraciados, cuyo cuerpo y cuya alma carecen de toda especie de alimento. Y que yo quede paralítica, ciega, sorda, idiota y decrepita.

Padre, obra esta transformación ahora, en el nombre de Cristo; y, aunque la pido con fe imperfecta, atiende esta petición como si la hubiese pronunciado con una fe perfecta.

Padre, tú eres el Bien y yo lo mediocre. Arranca de mí este cuerpo y esta alma para hacer de ellos algo tuyo, y no dejes que de mí quede nada sino este arrancamiento mismo o bien la nada, para toda la eternidad (Weil, 2006, pp. 279-280).

A la pregunta: ¿fue Simone Weil una persona depresiva?, la respuesta oportuna es “no”, claramente, no. Ni los momentos en los que en su vida dominó la desgana, ni su descuido en el atuendo, y ni siquiera el hecho de haber llegado a pensar en el suicidio, da pie para pensar que se trata de alguien depresivo. Tampoco esos rasgos anoréxicos, que hay que interpretar ante todo en clave espiritual y mística, o vincularlos al valor de la compasión. La filósofa quedó marcada para siempre por aquella certeza sobre la verdad, adquirida a sus catorce años: que la verdad se puede alcanzar si se desea profundamente y se pone en ello una atención que es mezcla de expectación y espera despierta y paciente. Fue lo que definió su vocación de atención a lo real, tanto desde el despliegue de su inteligencia como desde la proeza de su apertura amorosa, especialmente a los más desfavorecidos y, entre ellos, a los seres de desgracia.

Referencias bibliográficas

- Dauzet, D.-M. Simone Weil, passion anorectique, passion eucharistique. In *Les enjeux philosophiques de la mystique*. Textes réunis par Dominique de Courcelles. Grenoble : Éditions Jérôme Million, 2007.
- De la Cruz, J. “Dichos de luz y amor”, 51. In *Obras completas*. Edición de L. Ruano de la Iglesia. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1991.
- Perrin, J. M.; Thibon, G. *Simone Weil tal como nosotros la conocimos*. Granada: Ediciones Nuevo Inicio, 2015. Traducción de Arturo Álvarez.
- Pétrement, S. *La vie de Simone Weil*. Paris : Éditions Fayard, 1997.
- Weil, S. *Attente de Dieu*. Paris : Éditions Fayard, 1966.
- Weil, S. *Œuvres*. Paris : Éditions Gallimard (Quarto), 1999.
- Weil, S. *Écrits de Londres*. Paris : Éditions Gallimard, 1957.
- Weil, S. *Œuvres complètes*, tome IV, vol. 1, *Écrits de Marseille (1940-1942)*, Paris, Gallimard, 2008.
- Weil, S. *Œuvres complètes*, tome V, vol. 1, *Écrits de New York et de Londres*, Paris, Gallimard, 2019.
- Weil, S. *Œuvres complètes*, tome V, vol. 2, *L’Enracinement*, Paris, Gallimard, 2013.
- Weil, S. *Œuvres complètes*, tome VI, vol. 1, *Cahiers (1933 - septembre 1941)*, Paris, Gallimard, 1994.
- Weil, S. *Œuvres complètes*, tome VI, vol. 2, *Cahiers (septembre 1941-février 1942)*, Paris, Gallimard, 1997.
- Weil, S. *Œuvres complètes*, tome VI, vol. 3 (février 1942 - juin 1942), Paris, Gallimard, 2002.
- Weil, S. *Œuvres complètes*, tome VI, vol. 4 (juillet 1942 - juillet 1943), *La connaissance surnaturelle*, Paris, Gallimard, 2006.
- Weil, S. *Œuvres complètes*, tome VII, vol. 1, *Correspondance familiale*, Paris, Gallimard, 2012.